

GRAN BALNEARIO LA PERLA DEL OCEANO

El mejor y más completo balneario de Europa

Toda clase de baños, hidroterapia, masaje. Los mejores y más baratos baños de playa y en departamentos sin competencia

Café, Restaurant, Concierdos diarios por mañana y tarde

ENTRADA GRATUITA A TODOS LOS BAÑISTAS PIDANSE TARIFAS



SIDRA DE LUJO marca "El Miquelete"

CASCO En **1.50** INCLUIDO San Sebastián

en los establecimientos siguientes:

Goñi, Guetaria, 19; Arruebarrena, Peñafiorida, 12; Labaca, Fuenterrabia, 17; Casa Delbos, Legazpi, 6 y San Marcial, 40; Larra-

ñaga, Andía, 4; Alvarez, Príncipe, 23 y San Marcial, 35; G. Díaz, San Marcial, 46; Martín y Casla, Idiáquez, 2; D. Ramírez, Alameda, 1; Meléndez Hs., Urbietta, 30; Arrieta y Garagorri, Alameda, 5 y Urbietta 16 y 52; B. Labaca, San Marcial, 18; Bar España, Garibay, 4; Rioja Baja, San Martín, 10; D. Mocoroa, Legazpi, 5; González y Mocoroa, Príncipe, 3; Galo Oyón, Príncipe, 4; Correcher, San Marcial, 38; A. Alvaro, Avenida, 8.

LA SIDRA Y SUS PROPIEDADES HIGIÉNICAS

Se envía este interesante folleto gratis, a todo el que lo pida a BRUNET Y Cia.—LASARTE (Guipúzcoa.)

MENTOCARINA DARW (Marca registrada en Europa y América)

Maravilloso específico para las enfermedades de nariz, garganta; laringe y pecho

- Constipados de cabeza, Resfriados
- Expectoración abundante, Sequedad de nariz y garganta, Mucosidades secas de la faringe, Tos rebelde
- Ozema, Ruido de oídos, Jaqueca rebelde, Asma, Ronqueras
- Principios de tuberculosis

Depósito en San Sebastián, droguería de Tornero, Plaza de Guipúzcoa, núm. 6. —En Bilbao, Centro Farmacéutico, Luchana, núm. 1. La caja conteniendo un pulverizador especial y un frasco de MENTOCARINA cuesta 9 pesetas.



Un frasco de MENTOCARINA sin pulverizador, 3 pesetas

Tarjetas de visita desde 2 pesetas el ciento

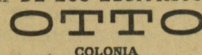
LA MESA ESPAÑOLA

Este importante libro, que versa sobre la forma de confeccionar toda clase de guisos y dulces, se halla de venta en la Administración de este periódico, San Marcial, 10. bajo.

Una peseta ejemplar

Gasmotoren Fabrik Deutz

COMPANIA DE LOS LEGITIMOS MOTORES



Motors á gas pobre, consumo garantizado 1,5 á 2,5 céntimos caballo hora. Motors de gas del alumbrado. Motors de gasolina y petróleo.

Motors Diesell Deutz

Ultimos grandes Premios Brunzels 1910. Buenos Aires 1910. Turin 1911. Budapest 1911. Dresden 1911.

Representación para Guipúzcoa:

ELECTRON, San Martín, 46, San Sebastián

INGENIEROS DE MONTES Preparación exclusiva para el ingreso en la Escuela. Antigua Academia establecida en El Escorial, dirigida por don José Peñafiel y don Francisco Saiz, Ingenieros del Cuerpo Pensionado para los alumnos. Pídanse informes y reglamentos.

Folleton de "LA VOZ."

14 de Septiembre de 1913

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

En su mañana de bodas

POR

Carlota M. Braemé

—Se ocupa usted demasiado de mí—dijo la misma dulce voz.
—Era ciertamente miss Vane la que hablaba, pero emprender la descripción exacta de su voz sería vana tarea. Era débil y tierno y al propio tiempo vibrante y clara, con cierto dejo amargo. Produjo en mí una extraña impresión, mezcla de algo dulce y melancólico.
—Usted permanece sentada al raso hasta después de media noche y esto es muy dañino, miss Vane; además, la proximidad del bosque aumenta el peligro. El otoño empieza á dejar caer sus brumas sobre el río... Cogerá usted un enfriamiento y recaerá.
—¿Lewis? dijo la joven—¿pretende usted amarme verdaderamente?
—La quiero á usted miss Vane—replicó con dignidad—no es que lo pretenda. Le suplico á usted que se guarde de la brisa que viene del bosque, que no desafíe el aire de la noche.

—Quiero. Ahora déjeme usted en paz.
—Miss Vane—continuó la nodriza después de una corta pausa—usted me ha dicho que la avisase de cualquier accidente que ocurriese á los pobres del vecindario y que llegase á mi conocimiento.
—Así es, en efecto, Lewis.
—Pues señora, conozco á una mujer anciana cuyo único medio de vida era una vaca, cuya leche vendía. Esa vaca se le ha muerto, y si no se ha de morir de hambre necesita comprar otra.
—¿Y alcanza mucho precio una vaca, Lewis?
—A punto fijo no lo sé, miss Vane, pero supongo que unas cinco libras.
—¿Cinco libras!—repitió la dulce voz.—No es mucho; ¡y pensar que la miseria ó la riqueza de un ser humano dependen de cinco libras!
—Sin duda, miss Vane; eso que á usted le parece una bagatela es una fortuna para otros. Debo hacer algo respecto á esa mujer?
—Naturalmente... llevarla el dinero.
—¿Toda la cantidad?
—Sí, pero recuerde usted que ha de guardar la mayor reserva, el más profundo secreto. No quiero que se diga que malgasto el dinero.
—No lo malgastó usted, miss Vane; hace usted felices á los pobres.
—¡Felices!—replicó ella, y en el énfasis que puso en aquella frase había un volumen de ideas; reflejaba un conjunto de melancolía y amargura que me impresionó profundamente.—¡Felicidad! ¿Eres sólo una palabra?
—No puedo discutir con usted acerca de esta manía, miss Vane. Solamente que esta

noche ó mañana iré á llevarle el dinero á esa pobre vieja, del modo más reservado.
—Debe usted procurar que esa mujer no sepa nunca cuál es la mano que la ha socorrido. No quiero que nunca vengan á darme muestras de gratitud, primero que olviden el beneficio. ¿Quién es siempre el primero en demostrar su alevosía y su ingratitude? Aquel á quien más se ha querido.
—El cielo la ayude á usted, querida mía—dijo la apacible nodriza.—Es una amarga manera de verlo y tocarlo todo. No puedo ayudarla, querida mía. La admiro á usted, y estoy segura de que recogerá la gratitud del cielo cuando no sea del mundo.
—No me asusta eso. Siempre está delante de mí un funeral que se desvaneca en mí alrededor, que crece, que se enturbia... Pero déjeme usted ahora, Lewis. Iré á casa luego de puesto el sol.
La criada obedeció, y la elegante silueta de miss Vane onduló bajo los árboles, mostrando por debajo de sus negras vestiduras sus manos de marfil pulimentado.
—Debo marcharme ahora que está lejísimo—me dije.
Sabía ya quién había enviado el dinero al rector: ¿Qué otro podía ser sino la extraordinaria y exótica miss Hulda Vane?

CAPITULO IV UN ROSTRO, MARAVILLA DE BELLEZA Y MELANCOLIA

Durante largos meses, después de lo que acabo de narrar, en vano aceché el prado para ver á la misteriosa inquilina de la casa del Río.
Hulda Vane se había perdido de nuevo por la curiosidad.
Nuestros vecinos habían cesado en sus discursos á propósito del su vida. En la primavera del cuarto año de su permanencia en la casa del Río se realizó por fin el más vehemente de mis anhelos. Una mañana tuve deseos de remar un rato por el río. ¡Qué hermosa mañana! El aire claro, dulce, perfumado con el aroma de las tempranas flores; el prado como pintado por los colores del iris, y los copudos árboles proyectando una bóveda de sombra verde!
Remé dentro de la corriente hacía la casa del Río, en busca de mi lugar favorito, aquel prado cuajado hoy literariamente de lirios y jacintos.
Amarqué á la orilla y sentíme sobre una piedra, contemplando aquel pintoresco paisaje, cuando de pronto un débil sonido, semejante á un lamento ó un quejido. ¿Era algún animal herido, ó algún niño abandonado sobre las piedras?

Levantéme y miré á mi alrededor. Al principio no pude distinguir nada; pero, dirigiendo mis miradas hacía donde brillaba el sol, descubrí de pronto, rodeado por el agua, algo que mirando desde tal distancia pareceme un montón de ropa negra. Precipitéme hacia allí. Mi corazón latió apresuradamente cuando ví una blonquísima mano que salía de entre la ropa negra. Yo conocía aquella ropa. Era miss Hulda Vane. Detiveme silenciosamente algunos segundos y luego fui hacia ella. Su graciosa cara estaba impregnada de una pena mortal; la tenía vuelta hacia mí, pero inclinada sobre el pecho. Arrodilléme á su lado y la tomé una mano; el débil quejido se tornó en un grito de sobresalto.
—¿Está usted herida? ¿Está usted enferma?—pregunté cariñosamente.
Con sorpresa mía, desvió el rostro y no me contestó.
—No me vuelva usted la cara, querida niña—dije—y no me extrañe usted de que la llame niña, pues soy bastante más vieja que usted.
No obtuve contestación.
—No quisiera molestarla, pero un sentimiento de humanidad me impide que la deje á usted abandonada.
Continué el mismo silencio.
Alarmada por aquel silencio obtinéme á procuré levantarla la cabeza, y fijándome ví que la joven era presa de un profundo delirio. Entonces resolví quitarla el espeso velo que cubría su rostro, y no pude contener un grito de admiración al contemplar aquella maravillosa hermosura.
—¿Eres algún animal herido, ó algún niño abandonado sobre las piedras?

viviendo reclusa, ocultando su bondad y, según la había oído decir, prefiriendo la muerte á la existencia... ¿Qué significaba todo aquello?
Representaba unos veinte años, y sin duda no tenía más, y era bellísima sobre toda ponderación. La quitó el sombrero, que juntamente con el espeso velo negro depositó á mi lado, y entonces su hermosa cabeza, colmada de abundante y negra cabellera, reposó sobre la fresca hierba. Incorporéla de nuevo y la realicé sobre mi pecho. No pude resistir la tentación de besar aquel lindero rostro con una perfecta pasión de piedad, y acto seguido mojé mi pañuelo en el agua del río y la rocíé las sienes.
Volvió en sí y abrió luego dos ojos negros que me miraron tristemente; tan negros, tan dulces, yal mismo tiempo tan activos, que recordé inmediatamente la voz dulce é imperiosa que oí tiempos atrás.
—Míreme fijamente algunos momentos, como si tratara de reconoceme. En su aire vago y la extravaviada expresión de su mirada conocí que no se había repuesto del todo.
—¿No estaba ya casi muerta?—preguntó con extraño eufichico.
—No del todo—replicó, comprendiendo la pregunta.
—¿Póngame usted abajo, de cara al río, y déjeme acostarme—dijo; y entonces recobró completamente el conocimiento.—¿Quién es usted?—añadió.
—Mrs. Neville, de Neville de la Cruz, dueña de la casa en que usted vive.
Permaneció silenciosa algunos minutos y luego dijo, como hablando consigo misma:
—¿Yo no quiero ser desoñada!